

EL BIEN PÚBLICO

Año VII

Mahón 17 de Septiembre de 1931

Núm. 438

MARIDO DE ORIANA

por REGINA OPISSO DE LORENS

Si, sí, no lo dudes; créeme, el nom-  
propio influye de una manera pice-  
sa en el destino de los seres — me dice  
ingenuo, candor Luisa Albertina.

Yo me sonríe incrédula y luego  
lo han besado las ondas una a una,  
y es tu nombre tan bello que ninguna lo ha querido bo-  
rrar...

—¿Qué tonterías se te ocurren? ¿Qué  
tonterías! ¿Qué tiene que ver  
nombre con la suerte de cada criatu-  
interrogo curiosa.

—Ya lo creo que tiene que ver! Y  
para que te convenzas de ello te referiré  
un hecho verídico, pues que yo conozco  
la protagonista de esta historia de  
vanzante ironía; escucha:

Oriana Salcedo fue mi amiga inse-  
parable en el internado de las Madres  
escolinas. Nos queríamos como her-  
manas y más de una vez tuve que de-  
benderla de las burlas y vayas del que  
objeto a causa de la rareza de su  
nombre.

—¿Oriana?... Así se llamaba la ado-  
rada de Amadís de Gaula, de aquel ca-  
llero andante que fué causa de que se  
secase el cerebro a «nuestro padre y  
Don Quijote de la Mancha»—evo-  
interrumpiendo la ingenua charla  
mi amiga

—Cierto que así se llama la más her-  
rosa creación que concebir pudiera la  
fantasía de los antiguos narradores, no  
obstante lo que en el libro es bello y  
ductor, por adaptarse a la época en  
que fué escrito, ahora en nuestros tiem-  
pos, en los cuales imperan las Niní,  
Magda o Margot, los nombres de  
Oriana, Elisenda y Loroneta están en  
completo y total desuso y aun estoy  
por decirte que mueren a risa.

—¿Y qué le pasó a Oriana?—inquiri-  
ya intrigada por el giro que va to-  
mando el relato.

—Pues verás: sucedió que cuando  
alimos del internado, terminados ya  
nuestros estudios, como mi amiga era  
una muchacha preciosa, no tardó en  
arse rodeada de pretendientes, sobre-  
tallando entre ellos el marquésito de  
alle Nevado, Carlos Fontañar. Más al-  
ber que se llamaba Oriana menguó  
siblemente, su entusiasmo por mi ami-  
gentil.

—¿Qué absurdo me parece todo es-  
—exclamo, sin contener esta protes-  
salida de mi corazón.

—Verás—prosigue la narradora gen-  
de todas suertes, como Carlos es-  
baba verdaderamente enamorado de mi  
amiga, no renunció a su amor y no hu-  
era renunciado jamás si su compañe-  
ra en aventuras galantes, Gabriel Mon-  
álvez, no le hubiese presentado una  
noche a Gloria María Abril, prima de  
Gabriel y mujercita ultra «chic».

—Gloria María! Al pronunciar el ra-  
dante apelativo, a Carlos se le llenó el  
alma de resplandores y su espíritu se  
cenció de luz de primavera.

—¿Qué hombre más voluble sería el  
tal Carlitos!—comento yo risueña.  
—Gabriel, por su parte, hizo un ca-  
luroso elogio de Gloria María. Mira-  
decíale a Carlos—, el nombre lo es todo  
en la mujer, ¡todol! Fíjate que versos  
le escribió un celebrado poeta matriten-  
se a mi prima. Yo los aprendí y los di-  
go de memoria; escucha:

«Con un rayo de luna tengo escrito tu nombre sobre el  
mar,  
lo han besado las ondas una a una,  
y es tu nombre tan bello que ninguna lo ha querido bo-  
rrar...

Carlos, en tanto, pensaba en el raro  
apelativo de su novia, ¡Oriana!, y le  
parecía verlo huir lido en la sombra de  
una noche sin luna, en tanto desum-  
brábase el claro resplandor que despe-  
día el que llevaba la prima de Gabriel.

Y como generalmente el amor—en  
«ellos»—es una estrella fugaz, declaró  
Carlos su «pasión rulpinante» a Gloria  
María, con la que uníase unos meses  
más tarde, celebrándose la boda en la  
capilla de la Virgen de las rosas.

—¿Y Oriana?—pregunto yo, compa-  
diéndome de la olvidada.

—Ya verás; ahora viene lo gracioso  
del caso; Oriana no tardó en unir su  
suerte a la de... Gabriel. Su labor acer-  
ca de la joven del raro apelativo había  
sido labor de zapa, desprestigiaba su  
nombre para que Carlos renunciase al  
amor de la muchacha.

El marido de Oriana—decíale a Car-  
los—suena a título de sainete, de «as-  
tracanaña»; renuncia y no te cases con  
ella, no te cases, que siempre serás ¡el  
marido de Oriana!

Y no se casó; pero... casóse él, Gab-  
riel, porque en cuanto fué su esposa  
partió el nombre de Oriana y, supri-  
miendo las tres primeras letras, quedó  
con llamarse Ana, dulce apelativo que  
en hebreo significa estrella de la  
tarde.

—Tu relato, querida mía—le digo go-  
zosa—, me demuestra que muchas ve-  
ces la felicidad está a nuestro alcance;  
pero sucede que para obtenerla hay que  
vencer pequeños obstáculos, obstáculos  
que se interponen a nuestro paso y que  
casi siempre tienen la insignificancia de  
estas tres letras primeras que malo-  
gaban la belleza de un nombre de mu-  
jer...

El mejor mentor

La conciencia es para nosotros un guía sin  
igual.  
Es, ante todo, luz que nos indica el valor mo-  
ral de nuestros pensamientos, de nuestras accio-  
nes, de nuestras resoluciones. Eso está bien;  
aquello está mal, nos dice, sin titubear, haciéndo-  
nos discernir la virtud del vicio, el buen cami-  
no del malo, sin tener siquiera necesidad de ser  
consultada para proporcionar esa luz clara y pre-  
cisa; podemos decir que obra automáticamente.  
Desde el momento en que se encuentra llevada a  
considerar una idea o un hecho, proyecta, sobre  
ésta o aquélla, sus rayos y determina su calidad.  
Su juicio es seguro, no se deja seducir por los  
argumentos de la pereza; ni de la pasión, se pró-  
nuncia con toda independencia e imparcialidad.

Un socorro de esta clase es para nosotros su-  
mamente precioso y nos presta servicios incom-  
parables, evitándonos vacilaciones y errores de  
apreciación.

Pero la conciencia hace más: no se contenta  
con una fría etiqueta, ejerce un imperio. Después  
de habernos mostrado el buen camino, nos empuja  
hacia él. Haz esto y evita aquello, nos dice,  
y su orden es imperiosa; la repite con tenacidad,  
para sostenernos si la ejecutamos y si la desobe-  
decemos también la repite, como para llamarnos  
al bien.

Después de habernos mostrado el deber y de  
haber reclamado su cumplimiento, la conciencia  
no se desinteresa de la actitud que hayamos  
adoptado ante su indicación; si hemos sido sumi-  
sos a ella, la recompensa no se hace esperar,  
nos inunda de una dulce satisfacción, de un legí-  
timo orgullo; por el contrario, si hemos sido re-  
beldes sobreviene el castigo, en la forma de un  
malestar interior, de una secreta vergüenza, de  
un remordimiento intenso que se apodera de  
nuestra alma.

La conciencia cumple, pues, por completo  
con el oficio de mentor, ya que nos designa cla-  
ramente el deber, nos impone la obligación de  
cumplirlo y aplica la sanción a nuestra rebeldía o  
a nuestra obediencia, preparándonos con ella a  
perseverar en la virtud que tal emoción nos causa  
o a evitar el vicio que tan crueles remordimientos  
nos atrae. Para las almas de buena voluntad, por  
lo tanto, este guía infalible es un tesoro incom-  
parable; todos sus esfuerzos deben encaminarse  
a guardarlo, porque la conciencia permanece más  
o menos activa según el modo como sea tratada.  
Juzga claramente, pero cuando se está resuelto  
a hacerla callar, a dejar que las malas inclinacio-  
nes hablen más alto que ella, se la reduce al si-  
lencio. Cuando se resiste con frecuencia su im-  
pulso, se destruye su fuerza; y por fin, cuando  
no se deja de profesar una indiferencia cínica  
hacia los reproches interiores que hace oír, nos  
blindamos contra el remordimiento, y aquel  
maestro prudente acaba por abdicar, parece  
muerto porque ya no obra, se le ha destituido.

Opuestamente, podemos proporcionar a nues-  
tra conciencia un vigor extraordinario, escuchán-  
dola con deferencia y docilidad.

Cada vez que haya de llevar a cabo su misión  
indicadora, dejémosla laborar en paz; dejémosle  
calma para juzgar, no tratemos de influir en ella,  
de anegarla en un diluvio de consideraciones ex-  
trañas a la moral. Y luego, cuando nos ha ense-  
ñado hacia que lado debemos dirigirnos, acepta-  
mos su decisión, siguiendo el camino que nos  
haya trazado, sin amargura, sin regateos ni com-  
promisos.

Si por desgracia hemos resistido a su influen-  
cia y hemos emprendido mal camino, no discuta-  
mos su condenación, aceptemos el reproche ínti-  
mo que nos humilla y dejémosnos llevar a un fir-  
me propósito que ha de ser la consecuencia ló-  
gica de aquél.

Nuestra conciencia puede deformarse a causa  
de nosotros mismos, de nuestra cobardía, del ter-  
mor que nos inspira el esfuerzo virtuoso; puede  
ser también deformada por influencias pernicio-  
sas, por los consejos de aquellos que nos incitan  
a gozar de la vida, y de las ocasiones de placer y  
de provecho que los poco escrupulosos acaparan  
en perjuicio de los honrados, y asimismo por los  
sarcasmos de quienes, obrando mal, no quieren  
tener a su lado a gente que trate de obrar bien.

Las lecturas pueden ejercer una acción deci-  
siva en nuestra conciencia. Desconfiamos, mu-  
chas veces, de un interlocutor, porque a través  
de su elocuencia se adivina su parcialidad, al pa-  
so que las ideas expresadas en un libro tienen  
apariencia de sosiego, como el libro mismo, cu-  
yos caracteres bien alineados, destacándose  
francamente sobre la blancura del papel, parecen  
contener la lealtad y la moderación; el trabajo de  
persuasión del autor, es discreto, penetrante y  
profundo.

Como salvaguardia de la rectitud de concien-  
cia, huyamos de los libros malos, porque su per-  
fidia no tiene contrapeso. Y con una conciencia  
segura a la que dejemos toda su autoridad, nos  
dirigiremos firmemente a la perfección.

LA CASA SOLA

La casa de mi amada está desierta.

Cerrada está la puerta  
y muy triste y sin flores su balcón;  
y en las salas antiguas y sombrías

como en aquellos días  
no resuena su plácida canción.  
Al pasar por la casa abandonada,  
en la noche callada,

me detengo sombrío, a recordar;  
y despierta en mi alma lo pasado  
dulce gozo mezclado  
a un ardiente deseo de llorar.

De aquel amor la inolvidable historia,  
encanta en mi memoria  
la risueña visión del tiempo aquél.  
Y como sombras de lejanas vidas  
mis venturas fallidas,

a mi cerebro acuden en tropel.  
¡Pobre viejn salón! Nunca su mano  
vo! verá a repasar en el piano,  
una dulce canción.

Tiene algo de sepulcro tu honda calma.  
¡Pobre viejo salón!  
Desde que ella murió no tienes alma!

¡Pobre salón sin risas y sin flores!  
En tí se alzó el altar de mis amores.  
Ya las arañas cuelgan sus telares,  
del balcón derruido.

Los solemnes retratos familiares  
me miran como a antiguo conocido.  
Ya no cuelgan de la jaula del jilguero,  
el feliz prisionero  
que mimaba su mano al despertar.

Ni ya como en aquel tiempo distante,  
tras el cristal se asoma su semblante  
para verme pasar.

Aun parece flotar de su vestido  
el perfume suave, en el dormido  
ambiente del salón.

De la luna el fantástico reflejo;  
finge en el fondo del antiguo espejo,  
de su imagen la blanca evocación.

Todo está envuelto en soledad y calma.  
La amarillan a palma  
prendida del balcón no cuelga ya

¡Ay, tal vez pronto un argentino canto  
de juventud, al secular encanto  
de las salas solemnes turbará.

Quizá una marfilina y dulce mano  
del sonoro piano,  
arrancará melódica canción.

Pronto renacerán nuevos amores,  
y adornarán las flores del balcón.  
los carcomidos hierros del balcón.

¡Oh, casita romántica y sagrada  
de mis viejos idilios aromada  
por las líricas rosas de mi amor!

¡Ya nunca más!... Dentro del alma mía  
no habrá una melodía  
ni volverá a cantar el ruseñor.

EMILIO CARRERE

IBÉRICA
El progreso de las ciencias y de sus aplicaciones.
Revista semanal ilustrada de vulgarización científica.
10 páginas semanales, abundantemente ilustradas.
Todo el mundo lee IBÉRICA porque es una Revista
amena e instructiva; múltiple, variada y seria en
sus informaciones; patriótica en su constante labor
y la mejor enciclopedia de vulgarización científica.
Precio: 0'40 pesetas.
Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES
ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17.



# EL CAFÉ

Paris, Julio de 1931.

Si guiendo en nuestra tarea de divulgación hablaremos hoy de una substancia acerca de la cual hay encontrados pareceres, puesto que sus detractores y sus defensores no han logrado ponerse de acuerdo—ni lo lograrán nunca—. Nos referimos al café, brebaje o infusión que ha suscitado las iras de muchos, que le atribuyen todos los males; y también las mayores alabanzas por parte de sus adictos.

Claro está que no se puede afirmar de un modo absoluto que unos u otros tienen razón, porque si se pudiera hacer eso, tiempo ha que la cuestión estaría resuelta en favor o en contra del café. En efecto, existen personas de temperamento especial o que sufren determinada dolencia y a las que no les conviene el café en lo más mínimo, y en cambio otras—que desde luego son las más—en las que produce efectos altamente beneficiosos.

No nos costaría nada—simplemente consultar el diccionario enciclopédico—no nos costaría nada, decimos, llenar este artículo de datos más o menos interesantes acerca del café, pero preferimos abstenernos de eso, para tratar, en cambio, de otros extremos.

Los detractores del café hablan de los perniciosos efectos de la cafeína y en apoyo de sus asertos citan los fenómenos que han podido examinar en un animal al que se ha hecho ingerir una determinada cantidad de cafeína. Pero conviene decir que eso no es ninguna prueba, porque ya es sabido que el cuerpo humano se acostumbra a multitud de substancias nocivas y que luego ya no experimenta daños a causa de su ingestión, si ésta no es exagerada.

Pero, en fin, vamos a decir una cosa que muchos ignoran, y es que el café ha sido y es una verdadera bendición para la humanidad y para la raza. Antes de su introducción en Europa, la gente no tenía casi nada más que vino para beber y así, cuando se encontraban dos amigos y querían charlar de sus asuntos, lo hacían ante una botella de vino, que fácilmente se convertía en dos o más, con los efectos verdaderos e innegablemente perniciosos de las bebidas alcohólicas. Imagínense, si es posible, la infinidad de botellas de vino y de licores—mucho más perjudiciales—que han dejado de beberse gracias a la introducción del café y entonces se verá si la humanidad tiene, o no motivos para bendecir su adopción en los países civilizados.

Pero vamos a examinar los efectos de esa bebida. Es innegablemente excitante de las funciones intelectuales, y acerca del particular justifica la fama que se le ha dado. Igualmente por sus propiedades aromáticas y carminativas, aparte de que se toma caliente, es un buen digestivo y altamente aconsejable después de una buena comida. Para calmar la sed, esa sed rabiosa que nos acomete en verano, haciéndonos soñar con torrentes de agua fresca, que sin embargo, no la apegarían, no hay nada como una taza de café lo más caliente posible. Se observará con extrañeza que después de ingerir esta bebida de manera que casi queme la boca, ha desaparecido aquella sed espantosa y nos sentimos verdaderamente refrescados como no nos sucedería en caso de habernos hartado de agua o de haber tomado un helado.

En cuanto a la excitación del café, nos referimos a la que causa en el organismo, es cierta, pero también menor de lo que se supone. Recientemente se han hecho experimentos serios y bien orientados, observando los efectos del café en varias personas, algunas acostumbradas a tomarlo y otras no, y se ha visto que por regla general el tal brebaje excita ligeramente los nervios, pero tiene la ventaja—de la que carecen las bebidas alcohólicas—de que esta excitación no va seguida por la consiguiente depresión, sino que sencillamente cesa y se normaliza el organismo, sin que éste tenga que sufrir en lo más mínimo las consecuencias de esa agradable excitación.

Esta es la razón de la preferencia que siempre ha merecido el café y como prueba de que es inofensivo véase lo que hacen en general los mahometanos y americanos. Bien es verdad que unos y otros toman unas tazas de café minúsculas, pero también es cierto que son incontables las que ingieren durante el día. En general los que se dedican a trabajos intelectuales toman mucho café y desde luego es la mejor bebida cuando por vicio o costumbre, hemos de tomar algo, incluso para quitar el mal sabor de boca. Suple por un rato la falta de alimento y si llegada la hora de la comida hemos de retrasarla por cualquier causa, no hay nada mejor, para sostenernos, que una taza de café, que nos dará ánimo, no embarrará nuestro estómago, ni producirá ningún mal efecto en nuestro organismo. También es el mejor sustituto para las bebidas alcohólicas, de manera que cuantas veces sintamos la tentación de ingerir una copa de vino o de licor, substituyámosla sin vacilar por una taza de café, y si es preciso un vaso, en la seguridad de que por malo que sea éste, habremos ganado en el cambio.

## El amor en el matrimonio

En el matrimonio como en la amistad el deber y la felicidad consisten en serlo todo el uno para el otro.

Cada uno de los conyugues debe ser para el otro su mitad preferida, doble preferencia que hace de cada uno el más amante y el más querido.

La adopción mútua de las vidas en su conjunto y en sus detalles hará que la mujer tome parte en el trabajo del hombre, y el hombre viva de la vida de la mujer.

Por una educación recíproca se enseñarán toda la vida para poder luego enseñarla al niño, para iluminarle mientras le llega la inevitable e indispensable experiencia.

Serán abnegados hasta la muerte, seguirán los movimientos de sus corazones, se mirarán vivir para vivir juntos como dos remeros espían los movimientos el uno del otro para hacer el mismo gesto y dar impulsos a la barca. Y así como cantan los remeros de

Oriente así el amor marca los tiempos de la vida mútua y envuelve con su tierna melodía los rígidos contornos del deber.

Sociedad mútua sin deserciones por indiferencia, por ligereza, por complacencias (mujeres que viven con sus padres, hombres que cazan continuamente, que viajan) intimidad moral sin la cual el matrimonio no sería más que animidad y servidumbre, delicadeza de procedimientos lejos del abandono que viene muchas veces cuando el amor se entibia, vigilancia de los caracteres procurando no poner en común más que los valores; aceptación de las diferencias y de las divergencias inevitables y que son utilísimas si se pone entre ellas la armonía de manera que la fórmula de uno, sin absorción tiránica de su lado, sin desligamiento anárquico del otro, se realice con exactitud precisa.

Este es en pocas palabras el Código de los esposos.

## PENSAMIENTOS

El corazón es la patria del cariño.

El corazón de la mujer es un vasto círculo de fuego capaz de incendiar la rueda de la creación.

El más puro amor suele abrigar hipocresía.

El amor y el corazón suelen marchitarse como la más bella flor.

En las lides amorosas el más diestro se aniquila.

El hombre que es del amor vencido, es nave que se hunde en las entrañas de un espantoso océano.

## Tal como viene A UN AMIGO

Ese, que ves, con tipo de gigante vistiendo traje claro de paisano, que charla en el casino, campechano, con cara que revela buen semblante, y con alto tesón se muestra amante del bravo Regimiento y veterano sesenta y tres, que tanto ensalza ufano, y su instrucción, elogia, paipitante.

Es el buen ex sargento, Andrés Villa, que siendo tan potente y tan forzado, conserva un corazón, todo cariño. Pues oyendo narrar la más sencilla o delicada pena, que haber pudo, prorrumpe en un sollozo como un niño.

SATURNINO SÁEZ

## FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

### EL HADA ALEGRIA

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(16)

Junto a esta nota triste, y como lógico contraste de la vida, que está llena de ellos, brilla la alegre y clara del casamiento de Asunción. Debe satisfacer mucho esta buena nueva toda vez que esa pobre muchacha te debe cuanto es. Hasta tiene que agradecerle el oficio con el cual se gana la vida honradamente. Esa limosna intelectual del saber es, a mi modo de ver, la verdadera, la provechosa limosna que engrandece al que la da porque, al darle, da algo de sí mismo, algo de su alma, algo de la savia de su espíritu, y al que la recibe porque, lejos de humillarlo, le dignifica. Limosna divina de amor y de inteligencia, de corazón y de sabiduría. Poco trabajo cuesta, sobre todo al que es rico, meter la mano en su bolsillo y sacar unas cuantas monedas para depositarlas en una

mano que, muchas veces se tiende hacia nosotros temblando de sonrojo y vergüenza; pero inculcar con paciencia de madre en esos infelices desamparados las ideas sanas, los pensamientos buenos; enseñarles con amor el medio de evitarse la vergüenza de mendigar; la manera de ganarse con tranquila conciencia el pan nuestro de cada día; estorbarles en su marcha hacia la deshonra o hacia el crimen, es sencillamente sublime. Esa es la caridad que Cristo nos enseñó a ejercer, y es la caridad que combina sabiamente la limosna del espíritu con la limosna material, es la que El nos recomendó ejemplarmente cuando dijo: «No sólo de pan vive el hombre». ¡Cuántas personas al dar el óbolo de la limosna, más por deporte que por verdadera caridad, la acompañan de un gesto desdenoso que enciende en el alma de los menesterosos un volcán de rencor y de odio...! Porque esos seres que se arrastran penosamente por el suelo social, tienen como nosotros alma y sentimientos, pasión y delicadezas. Y no se puede, no, no se puede fustigar con el látigo infamante del desprecio a esas pobres

gentes sin alborotar su amor propio, su dignidad, su orgullo... De esa conducta cruel, inconsciente, de las clases altas para con las inferiores, nacen todas las catástrofes sociales, todas las rebeliones que azotan actualmente a la humanidad. Esto y divagando. Como te decía, Asunción se casó con el herrero y fué su boda una de las más lucidas que se han visto en gentes de su categoría. Tu padre y yo fuimos los padrinos; por lo tanto, la ceremonia y el tradicional chocolate hubieron de celebrarse en el castillo. Mi hijo, que aun no está familiarizado con estas naturales democracias de la caridad que practicó de chico pero que ha olvidado en su prolongada vida lejos de mil regazo, no asistió a la ceremonia, pero se dignó después recibir a los novios en la «Cámara del Rey» y prendado de la belleza de la costurera y de la gallardía del herrero aún fué bastante amable para regalarles dos anillos muy lindos que se quitó de la mano. Liso el de Perico y adornado con una perla gris el de Asunción.

Me preguntas con mucha insistencia como está mi hijo y, con una curiosidad que me ha hecho reír por lo infantil, me ruegas te diga si es guapo, si tiene buena figura, si está muy demacrado... Realmente me pones en un compromiso porque pedirle a una madre que haga desapasionadamente el retrato o la semblanza de un hijo a quien adora, es pedir peras a un olmo. Pero lo intentaré por complacerte y haré por ser imparcial, muy imparcial. Ha sido Fernando un hermoso tipo de hombre, de figura arrogante y erguida, con un aire suelto y señorial muy marcado que le da esa envidiable distinción del hombre acostumbrado a frecuentar sociedades muy exigentes. De su elegancia en el vestir nada te diré porque, agregado a una Embajada y viviendo en París, se vería obligado a adquirir un aspecto intachable si de suyo no fuese ya un muchacho naturalmente elegante, desde... Pon ahora sobre unos hombros de estatua y un cuello perfecto y viril, la cabeza de hombre más hermosa que hayas podido soñar; la cabeza de un Apolo clásico. El cabello rizado y cas-

# DE COCINA

## HUEVOS EN MANTECA NEGRA

Se echa en una sartén un buen pedazo de manteca fresca de vaca y sin sal, y se deja tome color subido de caramelo. Se echan los huevos con mucho cuidado, se sazonan con un punto de pimienta. Cuando la clara está cuajada, y antes que lo esté la yema, se sacan juntos, haciéndolos deslizar suavemente en sartén a una fuente; se vierte por encima manteca y se espolvorea la superficie con un poco de perejil. En la misma sartén con un cucharada de vinagre, que se echa también.

## SOPAS DE AJO

En una sartén se pondrá a freír aceite y ajos. Una vez fritos éstos, se aparta la sartén de la lumbre y se echa la sal necesaria y la pimienta correspondiente. Se remueve un poco; se echa agua, y se pone a hervir. Con este caldo se echan las rebanadas de sopa preparadas en la para.

## HIGADO SALTEADO

Recortado en trozos un hígado de cerdo se saltea en sartén con manteca de vaca, y se mueve bien. Espolvorese con sal y pimienta. Cuando esté bien pasado el hígado saque la sartén. En la grasa resultante se echarán las finas, chalotas picadas, un poco de harina, una jicara de caldo y unas gotas de vinagre. Cuando la salsa esté a punto se echa el hígado para que cueza un par de minutos, y se echa una cucharadita de cognac antes de servirlo.

## PULPETAS DE LENGÜADO

Una vez quitada la piel negra, se hacen filetes muy finos, lo suficiente para que permitan envolverlos, y se ponen a escurrir, sazonados de sal. Se hace una bechamelle y se prepara un relleno que se compone de langosta, moluscos, otros mariscos; se pica bien y se une a la bechamelle y se rellenan los filetes, envolviéndolos con hilo blanco y se frien, pasados de la y huevos. Hecha esta operación se coloca una fuente. En una cazuela se frie, con manteca de vaca, un poco de cebolla cortada muy fina, se le añade un poco de caldo del puchero y unas de huevo; se pasa por un tamiz y se vierte sobre las pulpetas cuando vaya a servirse yemas batidas se deslijan en un poco de templado, para que no se corten.

## La jardinería en macetas

### EL NENUFAR

Esta planta acuática, que puede cultivarse en los surtidores de las terrazas, es acuática y table por su belleza, vive en las regiones templadas y también en las subtropicales. Posee un tallo carnoso que se arrastra por el fondo del agua y de él salen las hojas, con largos pedúnculos, cuales, como las flores, son flotantes.

Antiguamente se le atribuyó la propiedad que su tisana calmaba la pasión amorosa. Tartaria se emplea para hacer pan y sus raíces en ciertos países tienen aplicación medicinal.

Tabo. de Manuel Sotelo. Digna del Peñón de San Juan.